



## PRECIOS DE SUSCRICION.

Sevilla. 5 Rs. trimestre  
 Provinc. 6 " "  
 Extranj. 8 " "  
 Ultram. 12 " "  
 Número suelto, 1 Rvn.

# EL TALLER

SE SUSCRIBE

Dirigiéndose al Administrador Mr. Wellington.—Sevilla.  
 Pago adelantado.

REVISTA MASÓNICA QUINCENAL.

ORGANO OFICIAL DE LA GRAN LOGIA SIMBÓLICA INDEPENDIENTE ESPAÑOLA.

Á LA GLORIA DEL GRAN ARQUITECTO DEL UNIVERSO.

S. A. P.

## SECCION OFICIAL.

Nos F. R. C. Ciro M. M. Gran Maestro de  
 la Gran Logia Simbólica Independiente Española.

Sabed: Que la Gran Comisión Central del precitado Cuerpo Superior en uso de las facultades que le concede la vigente Constitución, ha acordado y nos sancionado lo siguiente:

Artículo 1.º Quedan aprobadas las cuentas del Gran Tesoro de la Gran Logia Simbólica Independiente Española, presentadas por la Gran Comisión de Hacienda de la misma, correspondientes al segundo trimestre del corriente año de 1883.

Artículo 2.º Quedan igualmente aprobadas las cuentas presentadas por la Administración del periódico oficial EL TALLER, correspondiente al primer semestre del año actual de 1883.

Artículo 3.º Publiquense las expresadas cuentas en el periódico oficial de la Gran Logia, para conocimiento de las Logias y Masones de la obediencia.

Sevilla 18 de Setiembre de 1883.

Refrendado, sellado y timbrado.

EL GRAN MAESTRE, EL GRAN SECRETARIO,

Ciro, M. M.

Newton, M. M.

Gran Logia Simbólica Independiente Española.

Secretaria.

Con arreglo á lo dispuesto en el artículo 50 de la vigente Constitución, este Cuerpo Superior reanudará sus sesiones ordinarias el próximo mes de Octubre, y celebrará su primera reunion en el Templo, el lunes primero de dicho mes á

las ocho y media en punto de la noche.  
 Sevilla 15 de Setiembre de 1883.

Por mandato,

EL GRAN SECRETARIO

Newton, M. M.

Con el fin de dar cabida á varios originales que hace tiempo se nos han remitido y que hasta ahora no hemos podido publicar, omitimos el artículo de fondo preparado para este número, con lo cual nada perderán los lectores, pues los artículos insertos á continuacion son, por su fondo y por su forma, dignos de ocupar un lugar preferente en una publicacion consagrada á propagar los principios de nuestra Sociedad. Esperamos que los lectores de EL TALLER nos agradecerán la preferencia que damos á los escritos en cuestion.

\*\*

Se engañan grandemente los que atribuyen á la Masonería propiamente dicha propósitos y actos encaminados á perturbar el orden público y alterar la paz en los Estados. Sólo la mala fé de sus enemigos ó el desconocimiento de los fines de nuestra Institucion, puede dar lugar á las calumniosas imputaciones, que algunos periódicos la han dirigido con motivo de los últimos sucesos acaecidos en España. La Masonería es una asociacion pacífica de hombres libres y honrados, que profesan como uno de sus fundamentales principios el amor á la patria, á la familia y á la humanidad. Es una escuela mútua de hombres unidos con los lazos de la fraternidad, en la que se aprende á respetar los derechos de todos y cumplir los deberes, que la moral impone á cada uno, para que sea una verdad práctica aquel gran



mandamiento, «ama á tu prójimo como á ti mismo.» La Masonería proclama la tolerancia para toda clase de opiniones y como consecuencia admite en su seno á los hombres de buenas costumbres, que amen la libertad y la justicia, sin tener en cuenta su nacionalidad, raza, categoría social, creencias ó ideas, prohibiendo terminantemente en sus asambleas toda discusión respecto á partidos políticos y religion ó comunión religiosa determinada. Sólo quiere una cosa,—ver triunfantes en las humanas sociedades LA VERDAD y LA JUSTICIA para que siguiéndolas *con amor* progresen en toda buena idea, que tienda á su paz y bienestar. Una sociedad que profesa estos principios y tiene esta bandera, y cuyos medios de propaganda son pacíficos, bien merece que se la respete y se la guarden otras consideraciones, que las observadas con ella por una parte de la prensa en las presentes circunstancias. Sirvan estas líneas de protesta á las calumnias de que la Masonería está siendo objeto.

\*\*

Sin embargo no todos los periódicos se han hecho reos de propalar semejantes calumnias, ántes algunos han defendido á la Masonería con notable buena fé y recto sentido.

*La Marina*, que se publica en Madrid, se expresa en los siguientes términos:

«Se pretende por algunos periódicos mezclar el nombre de la masonería con las últimas agitaciones políticas, desconociendo por completo las tendencias y las leyes por que la masonería se rige, que son ajenas en absoluto á toda lucha política y muy especialmente á la de ningún partido determinado.

La masonería acata y respeta los gobiernos constituidos, y jamás se mezcla en la política activa de los pueblos. Su misión es más alta, y por lo tanto rechaza resueltamente todo lo que comprometer pueda su prestigio y su autoridad, anatematizando enérgicamente á cuantos toman su nombre para fines políticos ó religiosos. Así, pues, tengan entendido los que de una manera ó de otra pretenden complicar á la masonería en los últimos acontecimientos, que esta es ajena por completo á ellos, y que expulsará de su seno á los que, desconociéndola, pretendieran cubrirse con su nombre para cualquiera fin político.

Así se nos asegura por personas significadas que nos merecen completo crédito.»

Agradecemos á *La Marina* estos desinteresados elogios y puede estar cierto que la Masonería sabrá cumplir en todo tiempo los fines de su altísima misión.

\*\*

Y dice un diario conservador:

«Los entretenimientos á que se con-

sagran las lógias masónicas, son tan inocentes, que no merecen que nos ocupemos de ellos.»

Si el calificativo de *inocentes* dado á nuestros trabajos sólo quiere significar que nada malo puede temer de ellos la sociedad, agradecemos al colega la buena opinion que de nosotros tiene, lo que es mucho pedir á un periódico conservador. Mas si por *entretenimientos inocentes* entiende que nuestros trabajos son de ninguna utilidad para el perfeccionamiento de los fines humanos, se equivoca de medio á medio. Las logias masónicas, si saben y quieren cumplir con su deber, tienen muchas cosas no sólo útiles, sino de la mayor trascendencia en que ocuparse. El programa de sus estudios estan vasto, que es corta la vida del hombre para abarcarle y son tan interesantes esos estudios, que comprenden todas las enseñanzas morales y filosóficas, que el hombre necesita para comprender sus derechos y sus deberes sociales. Si las Lógias no se ocupan de estas cosas, faltan á su deber y las consecuencias serán fatales para ellas.

\*\*

¿Por qué algunos masones, que se han iniciado al parecer con mucho entusiasmo, se cansan pronto y pierden la fé?

Son muchas las causas, que á ello contribuyen, de que apuntaremos las principales.

Primera; porque al ingresar, han creído que la Masonería favorecería sus propósitos de medro personal en el mundo, dándoles empleo, posicion ó satisfaciendo de otro modo sus necesidades.

Segunda; porque no logran satisfacer su ambicion de figurar en los puestos más distinguidos de la Lógi.

Tercera; porque no saben hacer distincion entre los principios y fines de la Masonería y los hombres que están encargados de desarrollarlos.

Cuarta; porque su carácter impresionable y exageradamente susceptible no se aviene á vivir en una sociedad de hombres, en la que necesariamente tiene que haber diversidad de criterio, para juzgar ó apreciar las cuestiones que en ella se ventilan.

Si los tibios fuesen capaces de conocerse á sí mismos, hallarian en alguna de las causas anteriores la explicacion de su tibieza.



### Ligeros apuntes sobre las tendencias del Sacerdocio.

Discurso leído por el hermano Caridad, grado 1.º en la tenida de instrucción de la Respetable Lógica Pirámides, del Supremo Consejo de Francia, como representante de la Respetable Lógica Verdad, núm. 8 de la Gran Lógica Simbólica Independiente Española, y que se remite para el Taller (periódico.)

Cuando los primeros individuos de la especie humana hollaron con sus plantas la superficie de nuestro planeta, que en virtud de sucesivas metamorfosis se había convertido ya en la natural mansión de las mil y mil generaciones, que le habían de poblar en la inmensidad de los siglos; el hombre, asombrado al ver ante sus ojos aquella naturaleza, virgen aún, y ricamente engalanada con las sublimes bellezas con que se dignó dotarla el Supremo Artífice; debió ver cruzar por su mente el brillante resplandor de una grandiosa idea y sentir el fuego del sentimiento más elevado en las profundidades de su corazón.

La brisa de la mañana, cual dulce suspiro escapado del embalsamado cáliz de una flor: la melodiosa armonía, que con sus no aprendidos cantos formaban las pintadas avejillas en el ramaje de los corpulentos árboles; el murmullo de la fuente en cuyas cristalinas aguas se reflejaba la imagen del sol; en una palabra, cuantos seres le rodeaban, y cuantos fenómenos tenían lugar en su presencia, parecían tener por único fin, el hacer probar á su alma las delicias de la felicidad; y cuando el astro del día, después de dorar la cumbre de las más altas montañas, escondía sus rayos en las plateadas ondas del mar; la noche en su majestad sublime, le presentaba en las alturas millones de puntos brillantes, que le hacían volar en alas de su espíritu, y llegar con el pensamiento hasta las regiones de lo infinito.

El hombre no debió tardar mucho tiempo en manifestarse como ser dotado de razón; así es, que pasando de lo conocido á lo desconocido, de la contemplación del efecto á la aprobación de una causa productora; proclamó la existencia de un Dios, le levantó un altar en el fondo de su alma, y le amó como á principio eterno é inmutable del bien, de la verdad y la belleza.

Pero las familias se multiplicaron y se formó la tribu; apareciendo poco después aquellas agrupaciones, que forman las primeras naciones del mundo antiguo.

En todos estos pueblos se encuentra el sentimiento religioso aunque expresado bajo diferentes formas; y en todos ellos aparece también, como clase privilegiada, cuando no como de especie superior á la de los demás hombres, un cuerpo sacerdotal que en mayor ó menor escala ejerce sobre los demás la más injusta de las tiranías.

Esclavizar á un ser, que es libre por su propia naturaleza, apelando para ello á la violencia, es, no hay que dudarlo, un crimen horrible; pero forjar cadenas en nombre de la divinidad es mucho más; es una blasfemia; es negar prácticamente la existencia del Ser infinito, toda vez que no se le suponga cómplice de las injusticias, de las miserias y de las pasiones humanas.

No pienso abusar de vuestra benévola atención, haciendo la historia del sacerdocio antiguo; y me concreto á afirmar que depositario de la ciencia ó del poder ó de ambas cosas juntas, no cumplió su misión civilizadora, siendo por el contrario uno de los mayores obstáculos que encontró la Humanidad en la senda del progreso.

¿Puede decirse otro tanto del sacerdocio cristiano? ¿Son idénticas sus tendencias, é idénticos sus vicios? ¿Es el egoísmo también el móvil de todos sus actos?

Echemos una rápida ojeada, ya que ni la brevedad que en estos momentos se requiere ni mis cortos conocimientos permiten otra cosa, sobre la historia del cristianismo.

Roma, esa orgullosa nación, que después de reducir á polvo el cetro de cien reyes, y de sujetar á su imperio los más indómitos pueblos, llegó á ser por su poder y su grandeza la señora del mundo; escuchó en los días de su mayor esplendor, que en una de sus provincias había aparecido un hombre, pobre, humilde y hasta entonces desconocido, que predicando una ley nueva, se atrajo el odio de los sacerdotes de su mismo pueblo.

Ese hombre era Jesús de Nazaret, cuya moral sublime, acogida primero con amor por cuantos sufrían la tiránica opresión establecida por los irracionales principios, en que se fundaba aquella sociedad; y adoptada después con entusiasmo por los espíritus nobles y elevados, tenía que sufrir todo género de contradicciones, de la misma manera que todas aquellas ideas, que han ido señalando el camino seguido por la humanidad en la obra de su perfeccionamiento.

En los días de tribulación y lucha para aquella religión, que condenaba el egoísmo y la hipocresía del sacerdote judío y la crueldad del patrio romano; que unía en fraternal abrazo al grande con el pequeño; al débil con el fuerte, y al sabio con el ignorante; que formando con todos los individuos de la especie humana una sola familia, no hacía distinción entre el señor y el esclavo; el sacerdote cristiano estuvo á la altura de su misión y de la doctrina que predicaba. (\*)

Mas ¡ay! Muchas veces en el terreno de las ideas son para éstas más beneficiosas las lágrimas de la persecución que las alegrías de la victoria. Tanto más, si, llegado el día del triunfo, se olvidan los principios porque se luchó, y los que ayer eran víctimas se convierten hoy en verdugos.

En los primeros siglos del cristianismo, el

(\*) Conviene notar aquí que la institución del sacerdocio en la iglesia es muy posterior á los orígenes del Cristianismo. Ninguna indicación se halla en el Nuevo Testamento de que el ministerio cristiano fuese considerado como un verdadero sacerdocio en los tiempos llamados apostólicos ni en cuanto al oficio, ni en cuanto al nombre; ni tampoco existen rastros de semejante opinión en los escritores del I y II siglo. Solo á principios de la tercera centuria, cuando las doctrinas evangélicas habían perdido mucho de su pureza y los ministros de la iglesia se habían apartado de las enseñanzas y ejemplos de humildad y abnegación de Jesucristo, fue cuando principió á investirseles del carácter sacerdotal, ocupando el rango, posición é influencia que los sacerdotes de los ídolos ocupaban en el paganismo. Puede decirse en vista de los datos que suministra la historia que el sacerdocio en la iglesia es la pagанизación del ministerio cristiano, cuyas funciones estaban limitadas por su institución á predicar el evangelio de paz y amor enseñado por Jesucristo. (Nota de la Redacción).



sacerdote de la nueva ley, pobre y humilde, como lo había sido su maestro, fué el defensor de la justicia, el apoyo del débil, el freno del poderoso, la antorcha de la civilización y el depositario del saber, aunque no faltaron corruptores de tan liberal doctrina, que quisieran vengar la sangre de los mártires, apenas la elevación de Constantino al trono de los Césares hizo brillar para la iglesia días de paz y tranquilidad.

Llegó el siglo V. En el reloj de la Providencia había sonado ya la hora de la expiación; y los pueblos del Septentrión se arrojaron sobre el agonizante imperio romano; y como si quisiesen vengar las injusticias de aquel pueblo liberticida, se repartieron sus despojos, no sin haber sembrado antes por todas partes la destrucción y la muerte.

Pero aquellos pueblos habían acogido ya en su seno los principios del cristianismo, y el ministro del santuario, que solo con el influjo de su ciencia y su virtud había detenido a las puertas del Capitolio al feroz Atila, se sentó en un trono y empezó a ejercer un poder temporal, que entonces admitía después de justificar una usurpación, y más tarde, había de ser causa de la destrucción del templo.

Aquel día, el Sumo sacerdote cristiano vendió por un poder efímero el código sagrado que habían sellado con su sangre millones de mártires.

Entonces empezó ya á olvidar su misión civilizadora; puso su influjo al servicio del poderoso, para recibir de éste protección y riquezas y pedía auxilio á la fuerza para conservar una idea que había llegado á su desarrollo, á pesar de la furia de los tiranos, defendida sin más armas que la convicción y el ejemplo.

Y era, que iba ya desapareciendo el culto de los principios para dar lugar á las pasiones del hombre; era que la iglesia se vestía con las galas de la tierra, sin comprender que al arrojar lejos de sí la vestidura de la pobreza, con la cual había obtenido sus mayores triunfos, arrojaba envueltos en aquellos venerables harapos las doctrinas que defendía; era que los Apóstoles de la nueva civilización se iban á convertir en mercaderes, y por consiguiente, que transigiendo con las pasiones humanas, iban á olvidarse de la caridad, base de la moral cristiana, del desprendimiento y demás virtudes, para atender únicamente á la propagación y conservación de una fé, que si bien es inútil, por no decir otra cosa, cuando no vá acompañada de buenas obras, había de ser el más firme sostén del poder y la ambición del sacerdocio.

Mi reino no es de este mundo, dijo Jesús; y Gregorio VII proclamó que los reyes y los príncipes, no subsisten sino por el Papa.

El pescador de Galilea no se contenta ya con un trono; quiere ser llevado en hombros de envilecidos príncipes, que arrastrándose á sus pies le reconozcan por señor absoluto y universal del cielo y de la tierra.

Las pretensiones de Gregorio VII han sido desde entonces el ideal del sacerdote católico; ellas sirven de norma para regular las aspiraciones siempre ambiciosas del clero en sus diferentes gerarquías; por ellas, seguirá luchando, como hasta aquí, por conservar un influjo que en otro tiempo le dió tanto poder y tantas riquezas.

Hoy, que gracias á los adelantos de la inteligencia, la ignorancia y el fanatismo no pueden forjar cadenas ni encender hogueras; que los hombres saben distinguir entre la verdad y el sofisma; que no es posible hacer temblar á Galileo ni llamar loco al intrépido marino que con la fé de la ciencia descubrió un nuevo mundo; hoy en fin, que todo es luz, parece natural que el sacerdote católico desistiese de su loco empeño.

Pero fácilmente se comprende, la gravísima dificultad que á ello se opone; para que lo hiciese así, era necesario, que se despojase por completo de esas tendencias que le apartan del progreso; y sabido es, que, con éste no está dispuesto á transigir.

Sin embargo; llegará un día, en que la idea verdaderamente cristiana que después de luchar con la furia de los Nerones, triste y abatida, no pudo extinguir con sus lágrimas las sacrilegas hogueras que en su nombre se encendían; y que hoy se levanta imponente y digna para acusar de impostores á los que tratan de profanarla; se presentará en todo el mundo con sus propias formas, y natural belleza; y entonces, las generaciones futuras, perfeccionadas con ella, aceptando por dogmas la libertad y la fraternidad, que en su código se contiene, caminarán tranquilas, y al llegar á las alturas de su mayor grandeza, exclamarán con el gozo del caminante que llega al término de su viaje.

Bendita idea! Un día rompió nuestras cadenas é inició una nueva era de progreso.

Y éste, volviendo el rostro pero sin detenerse en su camino, dirá á las generaciones que ya pasaron: «¿Lo veis? La idea cristiana llegó á unirse conmigo, y como era tan bella, tan grande y tan divina, la defendí de todos sus enemigos, y ni los tormentos, ni la muerte, ni el error, ni la mentira, ni aún el egoísmo de los que hipócritamente decían defenderla, han podido prevalecer contra ella.»

HÉ DICHO.

*Caridad g. 1.ª.*

## Discurso segundo sobre las relaciones entre la Masonería y la Religión

PRONUNCIADO EN LA RESPETABLE LÓGIA PAX AUGUSTA NUM. 10 AL ORIENTE DE BADAJOZ, POR EL ORADOR DE LA MISMA, EN LA SOLEMNE INICIACION DEL HERMANO *Galileo*.

Querido hermano: La Masonería se os acaba de decir, no es una institución religiosa, es cierto. Antes por el contrario sufre hace algunos siglos una encarnizada é innoble persecución por parte del catolicismo, sin que para ello haya cometido más delito que el de hacer cuanto bien ha podido y ser tolerante. Con todo, que no es antireligiosa os lo dice la profesión de fé que se os ha demandado, y nuestras invocaciones al Gran Arquitecto del Universo. En el anchuroso templo de nuestra tolerancia, si deseamos hombres creyentes, caben y se amparan sin distinción ni preferencia toda clase de religiones, siempre que no sean incompatibles con la nuestra, cuyo credo es; *hacer bien á la humanidad*. La misión actual de la Masonería es filosófica y social.

No obstante, en la antigüedad y en la Edad



Media, según probé, cumpliendo idéntico deber que hoy, al iniciarse nuestro hermano Cromwel, su carácter fué eminentemente religioso y arquitectónico, habiendo rayado ese carácter en lo divino al construir las sublimes catedrales góticas con que se enorgullecen las principales ciudades de Europa.

Desde los siglos XII al XVI la Masonería llega con esas obras al apogeo de su influencia, y ¡quién lo dijera! cuando tocaba la cima de su poderío, estaba al bordo de su Roca Tarpeya.... Y es que, hecho el mundo para satifacer los gustos de todos los hombres, como nos empeñamos en trasformarle y adaptarle a nuestros caprichos, á nadie consigue satisfacer; y el bien y el mal se ven en todos lados marchar en amigable consorcio, más bien que por haberlo así dispuesto el Gran Arquitecto del Universo, por no saberlo ó quererlo nosotros separar.

De todos modos, esa proximidad de la desgracia y grandeza mundanas, debe haceros humilde, por más elevada que vuestra posición sea. ¡Cuanto más elevada era la de la emperatriz de Constantinopla Irene, en visperas quizás de enlazarse con Carlo-magno y ser la señora de casi toda Europa y de gran parte de Asia y Africa y no obstante, quién la habría predicho que á los pocos días habría de hilar estopa para ganarse el sustento!

La omnipotencia y la ruina de la Masonería al finalizar la Edad Media se confunden, como se confunden la grandeza y la ruina de la monarquía española al principiar la Edad Moderna de nuestra historia.

Y aquella caída no vayais á creer era fortuita, imotivada, que según el aforismo latino, *in natura nihil fit per saltum*, nada se hace á brinco, sino gradualmente. El arte masónico vinculado como lo estuviera en Egipto, Palestina, Grecia ó Roma en una casta, ó como lo estaban en la Edad Media todos los oficios en los gremios, cohibía injustamente la libertad del trabajo, la sacratísima libertad de ganarse los hombres honradamente el sustento, y esto sólo podía durar mientras ignorasen sus derechos. Así, pues, el Renacimiento iniciado por los sabios que huyendo de la toma de Constantinopla se establecen en las naciones de Occidente, y por los árabes españoles, que por medio de Averroes, Avicena etc. nos daban á conocer la clásica ilustración griega, recorren el negro velo de ignorancia que cubría casi toda Europa, y al descorrerlo, las clases medias y menesterosas ven el purísimo cielo de la libertad, y se encaminan hacia él, consiguiendo alcanzar al poco tiempo lo más necesario en aquel momento histórico, la libertad del trabajo, con la cual la ciencia arquitectónica se desvincula también, haciéndose del dominio común.

El lazo de la conveniencia, de la utilidad de los asociados masones, profano y no muy desinteresado, si se quiere, pero necesario, indispensable (sin que nos hagamos ilusiones de puritanismo) dadas las necesidades y miserias de la vida real, se había roto, y no era difícil prever la decadencia de la Masonería bajo el punto de vista arquitectónico.

A su vez los comunes crecían en poderío, libertades é instrucción, y como entretanto el clero se engolfaba en toda clase de vicios, fomentados por la inmensa riqueza que, no por

muy buenos medios, había acaparado, esta corrupción y despilfarro puestos en parangón con la miseria de la virtuosa clase trabajadora, entibieron las creencias religiosas que habían sido el espíritu, el lazo de unión de la Edad Media, y los Albigenses en Francia, y sucesivamente Wiclef en Inglaterra, Huss en Austria, Crescencio en Italia, Calvino y Zuinglio en Suiza, y, por fin, Lutero en Alemania protestaron de la tiránica dominación que á título de fé, pero con fines mundanales, ejercía la iglesia romana; hasta que lograron dividirla y hacer público y notorio el mal uso que hacían de las riquezas y derechos los representantes del catolicismo, y su falta de verdaderas creencias. Muerta la fé ciega, entrados los pueblos en el terreno de la duda, antesala de la negación, ya nadie pensó en levantar catedrales, y ántes las guerras de la Reforma se encargaron de demoler castillos y templos.

La Masonería recibió, pues, con esto un doble y mortal golpe, pues debilitó su espíritu religioso, é hizo innecesario su espíritu artístico. Su misión artístico-religiosa estaba cumplida; debía, pues, abrirse nuevos horizontes ó morir.

La decadencia avanzó á pasos de gigante, Suiza prohibió la Masonería en 1522, y pocos años después hacían lo mismo Francia, Alemania é Italia y hasta en la Gran Bretaña la reina Isabel dudó de ella y mandó disolverla, si bien casi no era necesario, puesto que en el siglo XVII no quedaban quizás más lógicas en Europa que media docena en Inglaterra, con muy contados hermanos, alguna que otra en Alemania, y quizá ninguna en Francia.

La institución estaba, pues, muerta porque no tenía espíritu, misión que realizar una vez acabada la antigua; y á la vez porque hecha independiente de las órdenes religiosas, que en las cruzadas—y tal vez por iniciativa de la masonería—nacieron, el catolicismo empezó la inicua persecución que todavía nos tiene declarada.

Tocaba á un pueblo dotado de verdadero sentido práctico el utilizar una sociedad, que tan grande papel había desempeñado en la historia de la civilización humana, dándole un giro nuevo, y acomodándola á las necesidades de la época; y este pueblo no podía ser, otro que el pueblo inglés.

La logia de San Pablo de Londres reunió en 1703 á sus obb., y en vista de los contados años que les quedaban de existencia, pues moría de anemia por falta de hh., acordaron abrir sus brazos, admitir en su seno «á todas las personas cualquiera que fueras su profesión, con tal que se les iniciara regularmente.» Desde entonces la Masonería no fué ya patrimonio de los albañiles ó arquitectos, ni su fin religioso arquitectónico, sino social y filosófico; y este hecho, este cambio completo de dirección marca el principio de la segunda Edad de la Masonería universal.

El estado de guerra en que Inglaterra se hallaba no dejó echar raíces en seguida á tan fecundo pensamiento; pero calmado, convocó en 1717 la misma logia á todos los masones de Londres, y el 24 de Junio acordaron nombrar un Gran Maestre, constituir una Gran Logia; no reconocer ninguna otra que se crease si no pe-



dia su autorizacion y sometia á su aprobacion los reglamentos que intentara darse, y encargó á Payne que, teniendo á la vista los archivos de las antiguas lógiás, redactase la Historia de la orden y los Estatutos de la misma.

Estos acuerdos daban á la Masonería la unidad necesaria y una organizacion federativa sabia y vigorosa, que no podia ménos de fructificar.

En 1721 presentaba Payne un proyecto de Historia y Estatuto, y nombrada una comision para su estudio, critica y correccion, el doctor Andersony Desaguliers, encargado de ella, la llevaron á cabo en un año, estando concluida en 1722, y en 1723 se aprobaban las *Constituciones de la antigua Sociedad de los libres masones aceptados*. A la vez y á propuesta del duque de Buccleugh se instituia una *Sociedad de beneficencia para los hermanos indigentes*.

Esa Historia de la Masonería y la filosofia con que las Constituciones estaban escritas marcaban, pues, el nuevo rumbo de tolerancia é ilustracion en que la orden entraba y la creacion de la sociedad de beneficencia el elevado fin moral y social de la misma. La fama de esta nueva organizacion salvó rápidamente fronteras y mares. Casi ántes que en Londres se estableció una lógiá en el Canadá; en 1725 concedia patentes para crearlas en los Países-Bajos; en 1726 para Gibraltar, en 1727 para Madrid, creándose la logia *Tres Flores de Lis*, (Ancha de S. Bernardo número 50) el 18 de Febrero de 1728; en 1729 para París, el 30 para los Estados Unidos (Massachusetts), y á la vez ó sucesivamente para Alemania, Polonia, Suecia, Dinamarca, Rusia, Italia, Senegambia, el Cabo de Buena Esperanza etc. Uniéronsele, ó solicitaron tambien su aprobacion las lógiás de Irlanda y Gales; pero en cambio las de Escocia no quisieron hacerlo así, y se constituyeron de una manera análoga, aunque independiente, creando sociedades benéficas y sucursales en varias naciones de Europa.

En suma, 10 años habían bastado para resucitar la Masonería en toda Europa, y además en Asia, Africa y América; y renacta con tal vigor y fecundidad, merced á la sabiduria de los reorganizadores y á su elevadísima mision, que al medio siglo Francia, Alemania, Holanda, Rusia etc. obtenian de Inglaterra patentes para constituir Grandes Lógiás y Madrid mismo la constituia en 1779 teniendo ya más de 100 lógiás en la capital, Barcelona, Cádiz, Sevilla, Valladolid, Valencia, Murcia, etc.

Las obras de caridad, los establecimientos de instruccion, de beneficencia, ahorro, moralidad etc. llevados á cabo por la Masonería inglesa, le ganaron desde un principio las mayores simpatias; pero esas simpatias hechas extensivas á la mayor parte de las potencias masónicas de Europa, eclipsaban y ponian en mal lugar la decantada caridad de la iglesia romana, que se propuso á todo trance acabar con tan poderoso enemigo, siquiera fuera apelando á los medios más reprobados.

Cupo á Holanda la triste suerte de iniciar la persecucion en 1734, empleando las más viles calumnias atacando á mano armada las lógiás y recabando del jefe del estado su prohibicion. Iniciado el movimiento de agresion, el clero católico de toda Europa contestó á la consigna, siendo de notar que la persecucion fué

mayor y más injusta y sanguinaria, donde este clero tenia más influencia. Por eso en Alemania, Rusia, Suecia y Francia fué un tanto ménos cruel; mas en cambio la inquisicion hacia todo lo posible por exterminar á los masones en Italia, y el Papa Clemente XII excomulgaba á la Masonería y condenaba á muerte no ya sólo á los masones sino á cuantos fueran cómplices ó encubridores, y aun amigos suyos (28 de Abril de 1738). A la vez el duque de Florencia Juan Gaston la abolia en sus estados, sin que uno ni otro fundamentasen en nada su resolucion, pues el único cargo que se hacia á los masones era su tolerancia religiosa. En otra ocasion manifesté á mis queridos hermanos las persecuciones que por este tiempo sufrió tambien en Portugal, y claro es que, estando por entonces España á la cabeza del fanatismo ultramontano, no iria á la zaga en crueldades y venganzas, y en efecto, á centenares ascendian los que de los años 1738 ó 50 persiguió y martirizó la inquisicion.

Es consiguiente que, en esta iniquidad, como en toda obra de la persecucion humana, no podia ménos de desempeñar el primero y más infame papel el jesuitismo, pues para desempeñar el de traidor parece haberse creado esta sociedad ó milicia, dado su severo y bien recompensado espionaje.

Ellos consiguieron, tratando de mason á Benedicto XIV, que reíterase la excomunion de Clemente, ellos quisieron y aún lograron hacerse iniciar en toda Europa, para delatar luego á los masones, y con tristeza vemos á un jesuita español tan ilustrado como el P. Torrubia desempeñar este asqueroso papel y recorrer como hermano casi todas las lógiás españolas, no sólo para delatarlas, como lo hizo en 1751 sino para calumniarlas atribuyéndolas los más horrendos crímenes. Su inmenso número, pues excedian de 90, y la respetabilidad de las personas afiliadas impuso temor hasta á la inquisicion, que ni á la virtud se lo tenia; mas, para sacar el ascua con ajena mano, recabaron de Fernando VI (1751) que condenase á muerte á los masones muriendo muchísimos en los tormentos y dejando casi extinguida en España la orden, hasta que el gran ministro Aranda creó en 1780 la *Gran Lógiá Independiente Española*, y las ideas de la revolucion francesa volvieron á propagarlas y José Napoleon á fomentarla y protegerla durante su permanencia en la península, si bien para crear nuevos mártires del indigno rey Fernando VII.

La lucha, como se vé, entre el catolicismo y la Masonería, fué iniciada por aquél sin hostilidad alguna de nuestra parte, y á pesar de ser tan desigual, pues contendian, por un lado la masonería que apenas contaba medio siglo de vida regenerada, y por otro lado el arraigado, tradicional y rico poder de la iglesia romana, reforzada por el nuevo ariete del jesuitismo; la milicia de Loyola fué vencida y casi anonadada por el espíritu masónico porque el Gran Arquitecto del Universo no puede consentir que en definitiva la iniquidad triunfe del bien.

Si alguno querido hermano dudara de esta verdad nos bastaria recordarle que Choiseul, el ministro que logró expulsar á los jesuitas de Francia en 1764, despues de probarles que eran regicidas y propagadores del robo, perjurio, adulterio, sodomia, bestialidad etc.; segun en



el decreto del Parlamento se hacia constar, era Venerable de una lóg., y que en ella se preparó la expulsion: bastarianos tambien recordarle que á sus trabajos y á los de la masoneria inglesa se debió el que Pombal lo arrojara de Lusitania, que tambien luchó sin tregua hasta que logró de los masones Aranda y Floridablanca que los espatriaran (1767) de España; y que el mismo decreto recabó del rey de Nápoles, en igual año, no descansando hasta conseguir que el papa Clemente XIV suprimiese la Compañía, que desde entonces hace una vida errante y nocturna como los malhechores.

(Concluire.)

## La abolicion de la guerra.

(CONTINUACION).

Las emigraciones y las guerras de conquista han cometido gran número de iniquidades y el amargo recuerdo de la injusticia de que ha sido víctima el pueblo oprimido hace largo tiempo, se trasmite de generacion en generacion hasta nuestros dias. En todas partes donde el pueblo conquistador ha llegado á dominar la vida intelectual como en Francia y en Hungría, se ha alcanzado tambien la unidad del Estado; pero en todas partes donde, por consecuencia de actos de violencia, se ha impuesto una raza á la otra, que le es igual bajo el punto de vista de la fuerza intelectual, ó que es tal vez superior, ambos se hostilizan mutuamente con la mayor animosidad. Por eso es el Ruso tan detestado por el Polaco, el Bohemo por el Aleman, como lo eran ántes los *Tedeschi* en Lombardia y los Dinamarqueses en el Schleswig.

Esta consideracion conduce naturalmente á afirmar que para el establecimiento de la paz universal nada seria tan conveniente como hacer una innovacion en los mapa-mundis en el sentido de que las fronteras de los paises marquen tambien las de las razas. Sabido es que un pensamiento análogo ha ocupado el espiritu de un hombre poderoso de la época moderna, y no ha sido esta la más excéntrica de sus ideas.

Sin embargo, nosotros no podemos proponer un medio semejante sin restricciones, no sólo á causa de la gran dificultad de la ejecucion, sino, principalmente, porque deberíamos en estos casos empezar «por hacer la guerra á la guerra.»

Antes bien, nos hallamos convencidos de que, hasta en los paises en que existen todavía rozamientos entre las diferentes razas que los pueblan, sabias instituciones politicas pueden traer la paz y la union, especialmente en el sentido de que cada una de ellas conceda á los demás una justa participacion en la soberania, y de que todas se inspiren de igual interés por el bienestar y la conservacion del comun. Y la prueba de que esto puede realizarse, nos la suministra de nuevo la Suiza en donde viven perfectamente en paz tres pueblos de origen diferente.

Pero si por la usurpacion de derechos de un gobierno surge un conflicto, y una nacion llega á considerarse ofendida por otra en la persona de sus representantes, la cuestion debe decidirse por tribunales de arbitraje, que en este caso asumen las funciones de un tribunal de honor internacional.

Es cierto que acerca de estos arbitrajes la Lógia de Winterthour no participa de nuestra opinion, pues que dice en su dictámen:

«¿Cuál es el pais, sea república ó nó, cuál es el pueblo que al verse indignamente ofendido en su honor, que es lo más estimable, no tome las armas inmediatamente para castigar á los calumniadores, que no se oíreza voluntariamente en sacrificio, cuando se trata de salvar y de proteger lo que es más querido, es decir, la patria? ¿Quién podría pensar una vez que la chispa del verdadero entusiasmo se ha encendido en el corazon de un pueblo cuando jóvenes y ancianos entonan esos cantos patrióticos que se hallan grabados en nuestro pecho desde nuestra tierna infancia, y que nos piden una abnegacion sin límites, que nos enseñan á combatir y morir alegremente por la patria, quién podría pensar, decimos, en obtener nada por que se convocase un tribunal de arbitraje?»

Parécenos que el autor de este caluroso discurso hubiera podido aplicarle más que á rechazar una ofensa, que, en nuestra opinion, puede siempre lavarse de otra manera, que á defenderse de un ataque real, de una invasion que amenace el pais. Si se refiriese á esto último, estaríamos de acuerdo con él. Todos los ciudadanos deben estar siempre dispuestos á verter su sangre por la patria; pero si queremos abolir la guerra, no es preciso hacer constar que debemos hacer todos los esfuerzos, en primer término, para hacer imposible la guerra ofensiva. Ahora bien; una vez que no existe el ataque, no será necesaria la defensa.

Hay, sin embargo, otro género de guerras de que no se trata en las objeciones que se nos han hecho y en las cuales la «indigna» ironía del adversario es justamente de las más fáciles. Queremos hablar de las *guerras de religion*: si la efusion de sangre fuese realmente una necesidad indispensable de la naturaleza humana, nosotros atribuiríamos la razon de ser á las guerras de que ahora tratamos, porque el hombre, para quien la conviccion religiosa es lo más caro, sacrifica á ésta voluntariamente su vida y su fortuna. Los verdaderos mártires tienen más derecho á la gloria que los generales victoriosos.

¿Acaso no se nos habla de las *guerras de religion*, porque ya no se creen posibles? ¿Se figuran tal vez que la tolerancia, ordenada por la ley, es cierto, ha echado ya tan profundas raíces en todas las naciones, que baste á impedir las? ¿O se piensa quizás que la indiferencia en materia religiosa es hoy tan grande, que no pueda entusiasmarse un pueblo por una idea de este género?

Lo ignoramos; pero de todos modos deseamos ardientemente que nos preserve el cielo de calamidades semejantes; porque debemos confesar que en caso de guerra de religion, los tribunales de arbitraje que proponemos podrian encontrar dificultades insuperables, dado que el asunto objeto de discordia no tiene absolutamente carácter internacional y no podría ser determinado, que en lugar del odio de razas surgiria algo peor todavía, á saber: el odio entre conciudadanos.

(Se continuará.)



